

negligencia en la voluntad, por consiguiente, una mutilación del hombre y una falsa educación de la humanidad; que está convencida de que jamás la ciencia sola no podrá labrar la dicha del género humano; en una palabra, que con el Apóstol aconseja, en los esfuerzos hechos para apropiársela, la razón, la medida y el dominio personal, es perfectamente exacto. <sup>(1)</sup> Mas, en ello, no se ve sombra de hostilidad contra la ciencia. El sabio dice también: «No seas más sabio de lo necesario, por temor de no hacerte estúpido». <sup>(2)</sup> Los griegos pensaban lo mismo, dando tan grandes alabanzas á la *σωφροσύνη*. <sup>(3)</sup> Y el proverbio alemán dice con cierta crudeza: «No hay peores locos que los sabios locos». <sup>(4)</sup>

No, esa prudente reserva no demuestra en manera alguna aversión á la ciencia. Es, por el contrario, señal de legítima solicitud por su prosperidad. Por eso en manera alguna creemos hallarnos en contradicción con el espíritu del Cristianismo y la práctica de la Iglesia, censurando, como acabamos de hacerlo, el desdén respecto de la ciencia y el entusiasmo exclusivo por la sedicente vida práctica.

Más bien decimos, con la mayor seguridad, y la convicción más profunda, hablando en sentido de la Revelación cristiana: Si queremos verdaderamente dar pruebas de que somos cristianos superiores á las funestas corrientes de la época: «si tomamos con formalidad el culto de Dios, de ese Dios á quien la Escritura llama el Dios de las ciencias»; <sup>(5)</sup> si no queremos que en nosotros se cumpla la amenaza: «Porque has desechado la ciencia, yo también te desecho», <sup>(6)</sup> debemos contar la formación de la inteligencia de igual manera entre nuestros deberes de cristianos, que la

(1) Rom., XII, 2.

(2) Eccl., VII, 17. Prov., XXIII, 4.

(3) Sofrosine, es decir, moderación, templanza; esta nota se halla en el estudio de la Estética Griega, y fácil es verla, prácticamente, en su arte y en su literatura.—N. del T.

(4) Así pasó con Hegel; la Astronomía se encargó de demostrárselo.—N. del T.

(5) I Reg., II, 3.

(6) Apoc., IV, 6.

de la voluntad y la del corazón; y debemos tratar de alcanzar en la práctica de la ciencia,—digamos mejor en la virtud de la ciencia,—como en cualquiera otra virtud, la mayor perfección posible.

Nadie tiene derecho para excluirse de tal obligación, refiriéndose al Cristianismo. Ciertamente, nuestra religión no exige que todos sus seguidores sean sabios, más impone á la conciencia de cada cual, como un deber, el cultivar sus disposiciones intelectuales, en la medida de sus fuerzas y según su situación. Quien esconde su talento, omite la práctica de una virtud cristiana que entra en los deberes de su estado.

Ya en tal sentido háblase de una ciencia de los santos. Cultivar la ciencia como el cumplimiento de un deber con relación á Dios, y como medio de aprender á conocer las verdades más elevadas, el camino que á Dios nos lleva, Dios mismo, es hacer de la ciencia una virtud y un medio de santificación.

Más esta expresión tiene también otro sentido.

En donde reina el Espíritu de Dios, allí también se da salud y vida. No se puede hallar esa especie de hidropesía intelectual de la cual es causa una ciencia falsa, y que hace afluir á la cabeza todos los humores, mientras que, por el contrario, el corazón, la voluntad y el carácter agóstanse, allí en donde se dan verdaderos esfuerzos para llegar á la santidad, es decir al hombre verdadero y completo. Para quien cultiva la ciencia al modo de los santos, dicho se está que adelanta en el amor á la verdad, en la práctica del bien, en la purificación del corazón, en la vigorización de la voluntad, y en la terminación del hombre completo, en grado igual á su engrandecimiento en penetración intelectual y en experiencia.

La razón por la cual los santos hicieron todos sus esfuerzos para llegar al más elevado grado en la ciencia, está en que la consideraban como base de la actividad moral, y que para llegar al más alto grado de la perfección, necesario es poseer las mas grandes luces de la intelligen-

cia. Creían, como San Bernardo, que, sin la caridad, la ciencia engendra el orgullo, y que la caridad sin la ciencia lleva al error. <sup>(1)</sup> Procedieron como hombres reflexivos. Jamás dieron un paso adelante en la ciencia, sin dar igualmente un paso en la vida espiritual, fieles en eso á la exhortación del Apóstol: «Debéis andar de manera digna del Señor, y agradarle en todo, dando fruto en toda clase de buenas obras y adelantando en el conocimiento de Dios». <sup>(2)</sup>

**6. Cuán necesario nos es el tener hombres juntamente sabios y santos.**—Quien procede según ese principio; aquél en quien todo progreso en la ciencia es una impulsión al progreso en la piedad y en la práctica de la virtud, no necesita temer el poder llevar sobrado lejos sus esfuerzos para desarrollar su inteligencia. Por el contrario, nunca se le exhortaría demasiado á que cultivase la ciencia, lo mismo que cualquiera otra virtud, hasta la más elevada perfección, es decir, siempre y continuamente.

Si esta exhortación fué siempre útil, eslo de manera enteramente especial para esta generación sin energía, que apenas levanta de la tierra sus miradas, para esta época impaciente en obrar sin haber aprendido nada, ávida de recoger sin haber sembrado cosa, para esas almas mercenarias que ponen siempre esta cuestión tocante á todo cuanto se les dice referente al aprender: «¿Qué provecho sacaré de ahí? ¿En cuánto tiempo?»

Ciertamente, necesitamos hombres de acción, hombres que tengan conciencia de su fin, hombres incansables, entusiastas, hombres aptos para las grandes cosas. Mas eso todavía no basta, falta mucho. Necesitamos hombres completos, capaces de los mayores sacrificios. Únicamente esos podrán ser de alguna utilidad á la época y al reino de Dios, cuyos esfuerzos superan á lo mediano de los esfuerzos humanos.

Mas precisamente porque tenemos necesidad de tales

(1) Bernard., *Cant.* 69, 2.

(2) Col., I, 10.

hombres, necesitamos también aquellos que, desde el punto de vista intelectual, superen en mucho á lo mediano de los sabios ordinarios. Necesitamos hombres que superen á la gente del mundo en la penetración de las cosas divinas y profanas, hombres, á quienes su conocimiento profundo de Dios y del mundo los ponga sobre las medianías, sobre la vacilación y las contradicciones eternas de donde jamás éste último es capaz de salir.

Ciertamente, el Espíritu Santo danos esa aptitud mediante el don de sabiduría; pero, con eso, no se dice que quiera él descargarnos de la obligación de aspirar á la sabiduría y á la ciencia. Por el contrario, precisamente por tener sobrenatural socorro para llegar á esas virtudes, vémonos doblemente obligados á apropiárnoslas y desarrollarlas en nosotros hasta el más alto grado posible.

La luz sobrenatural de la Revelación ábrenos sorprendente camino sobre una escala elevada capaz de causarnos vértigo, que debe subir el espíritu si quiere llegar á la cumbre de esa ciencia, el acceso de la cual hácese posible cuando se halla iluminado por la fe y vigorizado por los dones del Espíritu Santo.

Quienes temen que la fe y la piedad causen naturalmente daño á la actividad del pensamiento, no saben lo que dicen. Casi siempre desconocen hasta los nombres de los grados elevados que el espíritu debe atravesar en esa vía.

Ciertamente, la filosofía, principalmente la filosofía platónica, dió algunas miradas profundas sobre algunos de ellos. En punto á la cuestión de saber si pudo naturalmente atravesarlos mediante sus propias fuerzas, ó si debe ese secreto al Cristianismo, no la trataremos aquí. Como quiera que sea, bien que haya dado en algunos errores, es, en ese sentido, muy superior á nuestra ciencia actual. <sup>(1)</sup> Pero únicamente la doctrina cristiana es quien penetró por entero y sin error en ese dominio, el más difícil y más elevado que existe; y únicamente guiado por ella,

(1) V. acerca de ese punto á Hugo de S. Victor *In Ecclesiastem*, hom. 10 (Migne, 175, 177).

es dado orientarse en él sin temor de equivocarse. <sup>(1)</sup>

Ciertamente, no se exige que cada cristiano escale las más elevadas y solitarias cumbres del monte de la contemplación. Quienquiera que lo quisiese, ni aun lo podría, sin una gracia extraordinaria y especial de Dios. Mas lo que fuera de desear, y que sería de gran utilidad para el mundo cristiano, es que hubiese personas muy versadas en el conocimiento de todo lo referente á la salvación, personas conocedoras á fondo, y capaces de enseñar á los demás la grandeza de Dios, la pequeñez del hombre, los designios de la Sabiduría y de la Providencia divinas, la vida del mundo, la gracia y sus efectos, la corrupción de la naturaleza humana, los laberintos del corazón humano, los peligros que deben evitarse en la senda de la vida, el arte de vencer las tentaciones, los medios de alcanzar el fin, lo natural y lo sobrenatural, en una palabra, como antes se decía, hombres *de Dios*.

Un gran peligro para nuestra época, y una de las principales razones porque la vida cristiana se practica de tan defectuosa y superficial manera, al propio tiempo que deja aparecer tantas excrecencias, que con frecuencia suministran á los enemigos de la Iglesia ocasión para justos reproches ó maliciosos ataques, está en que nos faltan hombres penetrados del Espíritu de Dios.

En una época en que todo es público, y en donde todo viene dirigido por la sedicente opinión pública, aun la piedad; en una época en que numerosas revistas y hojas religiosas ejercen incalculable influencia sobre el pensamiento del pueblo cristiano, necesitaríamos más que nunca tales faros, á la luz de los cuales el fiel pudiera orientarse, y

(1) Visto el fin que nos proponemos aquí, superfluo fuera el tratar de la doctrina de la contemplación y de sus diferentes grados. Quien desee noticias tocantes á este asunto puede ver todos los místicos, por ejemplo, Ricardo de S. Vict., *Benjamín mayor*, l. 1-5 (Migne, 196, 63-192); Thomas de Jesus, *De contemplatione*, libri 6; Godínez, *Theol. myst.*, l. 4-6; Schram, *Theol. myst.*, § 238-326; Alvarez de Paz, l. III, 5; Philipp. a S. Trinitate, *Theol. myst.*, II, tr. 1, tr. 3; Ribet, *La mystique*, (2) I, 180 y sig.; Wetzter und Weltes, *Kirchenlexikon*, (2) II, 496-510.

la vida cristiana evitar los escollos que por doquiera la rodean.

Mas en vez de eso, cábenos el dolor de atestar que los espíritus que retienen esos medios de acción son espíritus que lisonjean el espíritu corrompido de la época en vez de mejorarle, espíritus formadores de maestros sin haber ellos aprendido, espíritus que creen poder reemplazar la ciencia que les falta por medio de un celo mal aconsejado, espíritus que, á causa de su inexperiencia, caminan con tanta mayor seguridad por esa ruta equivocada, cuanto que, astutos enemigos, aprovechanse mejor de tales abusos para minar en sus bases la piedad cristiana y hasta la fe.

Por eso no rogaríamos, ni exhortaríamos, ni conjuraríamos bastante á quienes sirven al santuario, á los heraldos de la divina palabra y á los directores de almas, que tomasen á pecho las miserias de la época, los peligros que corren las almas, las necesidades de la Iglesia, las llamadas de Dios, y hacer lo posible por adquirir una ciencia tan completa y tan profunda cuanto posible sea en todos los ramos, pero sobre todo la ciencia sagrada. «La ciencia verdadera unida á la piedad no podría causar extravío;—dice Santa Teresa—mas la falta de solidez y de profundidad en el conocimiento de la palabra de Dios, es uno de los principales motivos por los cuales el poder del mal hace tantos progresos». <sup>(1)</sup>

**7. Lo que más necesitamos actualmente, es la renovación de la ciencia de los santos.**—No nos lamentemos, pues, y no nos irriteemos por los males presentes. Los hombres son quienes forman los tiempos;—dice San Agustín—<sup>(2)</sup> los hombres son los tiempos, y nosotros también formamos parte de los hombres; nosotros tenemos nuestra parte de culpabilidad en esas desdichas que lloramos.

Dolémonos, y con razón, de la pobreza de la fe, de la falta de inteligencia respecto de lo sobrenatural, y del estado de parálisis en que se hallan el amor á Dios, el afán por

(1) Sainte Thérèse, *Vie*, chap. 5, 13 y sig.

(2) Augustin., *Sermo* 80, 8; 167, 1; 311, 8.

la salvación de las almas, el celo por la defensa de la verdad. Dolémonos, y con razón, de que el ideal y el heroísmo desaparezcan, que la abnegación personal y el valor para sacrificarse no existan, que ya no haya en los corazones ánimo, ni entusiasmo. Irritámonos, y con razón, porque la piedad se manifieste con frecuencia de tan poco ilustrada manera, que más bien resulta dañosa que útil á causa de la impetuosidad irreflexiva de que da pruebas, porque emplea medios y se muestra bajo formas á propósito para alejar de ella las masas, y principalmente á las personas instruídas.

Mas ¿por qué nos limitamos á gemir, á quejarnos, á irritarnos, y quizá también alguna vez á criticar? ¿Acaso con eso ponemos remedio al mal? ¿No nos fuera mejor, y no está en nuestra mano, extender más sanos pareceres, ó á lo menos, despertar su necesidad y provocarla? ¿No es precisamente la ojeada que damos á tantos abusos, que deploramos, la que debería movernos á ello? ¿Por qué Dios nos otorgó el ver más profundamente que esos miles de personas que se encuentran bien con esa vida, sino para difundir sus luces, y obrar así sobre nuestra época enferma de manera purificadora y edificante?

¡Atrás, pues, esas censuras estériles y exageradas! No todo es censurable en lo que el espíritu del mundo, hecho extraño á Dios, critica en la vida de los cristianos. Todo lo que nosotros vituperamos tampoco es para rechazado. Todos los espíritus, todas las inclinaciones deben ser tenidas en cuenta en el Cristianismo, y por eso también él debe marcar direcciones diferentes.

Dejemos, pues, á los demás libertad en las cosas que se armonizan con su espíritu, puesto que la reclamamos para nosotros.

Mas todo aquello que no puede conciliarse con la dignidad y la formalidad de la fe, debemos intentar mejorarlo con modestia, dulzura, paciencia, ante todo enseñando y trabajando en hacer que predominen principios mejores y más sanos.

Hermosa labor espera, pues, á quien posea el espíritu de Dios. Cumpliéndola, se atraerá seguramente los divinos favores. Ofrecer nuevamente en toda su pureza, á los ojos del mundo, las doctrinas desconocidas del Cristianismo; penetrar nosotros mismos en sus profundidades y manifestar á los demás su poder, relativamente á la vida espiritual propia; hacer brillar como faro luminoso la ciencia de los santos tan olvidada, para que á su claridad pueda el pueblo cristiano instruirse, edificarse, y orientar con nueva fuerza su conducta hacia el fin más elevado, en verdad ¿cabe pensar algo más hermoso?

¡Trabajemos pues! La labor que indicamos merece la pena de emprenderse. ¡Cuántas veces oímos esta frase: «Necesitamos santos!» Sí, es una frase verdadera y digna de toda atención. ¡Pues bien! Cada cual puede ser santo, puesto que cada cual destinado está á la santidad. Mas para serlo, necesario es comenzar. Pues bien, lo que constituye el comienzo en ese camino, es el estudio de la ciencia de los santos y su imitación, en la medida de lo posible, con la voluntad resuelta de ser santo á cualquier precio, y sea el que fuere el tiempo necesario para llegar á serlo.